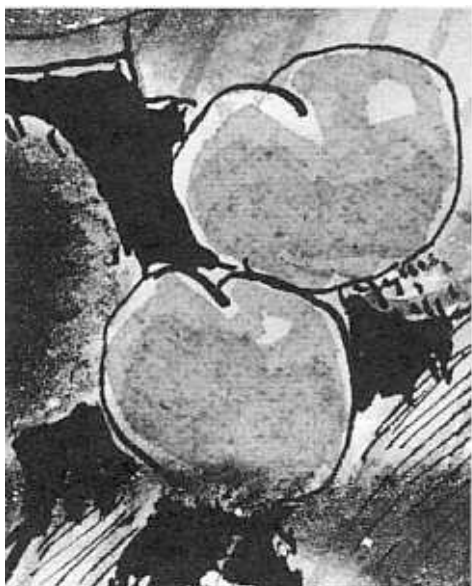


Retos de la juventud

Rosa María Camarena C.*

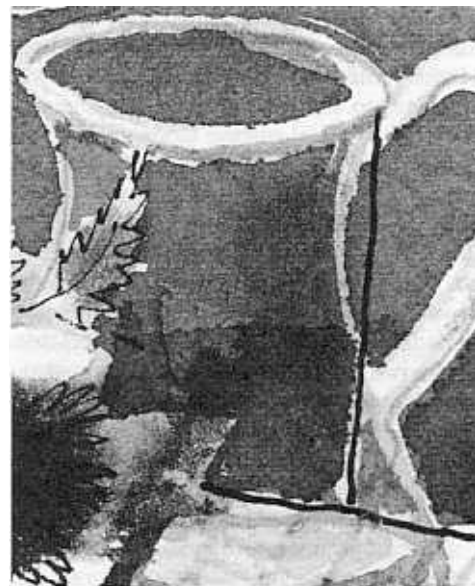


años—, que suele ser vista como una etapa de formación y preparación para asumir los papeles y responsabilidades de los adultos, y en la cual, por el otro, frecuentemente se inicia la asunción de los mismos. De esta manera, se postula que, de la forma como transcurran estos años y de las oportunidades de desarrollo que tengan los individuos durante los mismos, dependerán en buena medida sus condiciones de vida, sus oportunidades y sus comportamientos como adultos.

En este artículo se esbozan algunos aspectos de la situación educativa y laboral de los jóvenes, utilizando para ello algunos indicadores elaborados con información de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica de 1992 (ENADID), así como datos publicados de la Encuesta Nacional de Educación, Capacitación y Empleo (ENECE) de 1991 y de la Nacional de Empleo (ENE) de 1995.

La vida de los jóvenes de hoy se desenvuelve en un contexto muy diferente de aquel en el que crecieron sus padres. Sin duda, el desarrollo del país a lo largo de varias décadas, permitió ampliar, diversificar y mejorar las oportunidades y expectativas de vida de las nuevas generaciones. Sin embargo, los beneficios del desarrollo no han logrado llegar por igual a todos los jóvenes de las diferentes regiones y sectores sociales, y su aprovechamiento se ha visto frenado por la profunda crisis vivida desde los años ochenta, haciendo de los jóvenes de hoy una generación cuyos años formativos han transcurrido, en gran parte, en medio de ella.

Al hablar de jóvenes, una de las primeras imágenes que vienen a la mente es en su papel de estudiantes. La expansión del sistema educativo ha permitido llevar la escuela, sobre todo la primaria, a la mayoría de las localidades, de manera que en 1992 más del 95% de los hombres y muje-



res de 12-24 años, había asistido en algún momento de su vida a ella, aun los residentes en áreas rurales. Ello ha contribuido a elevar a 8.2 el promedio nacional de años de escuela de los jóvenes del grupo 15-24,¹ cifra que representa un avance frente a las de cohortes de nacimiento anteriores.

No obstante, la apertura de oportunidades de acceso a la escuela no ha llegado a traducirse en una permanencia y avance dentro de ella para un número importante de jóvenes, de tal suerte que en el mismo año, la escolaridad de casi dos millones de jóvenes de 12-24 años llegaba a lo sumo a tres grados. El logro de una educación básica que abarca la primaria y la secundaria, recientemente establecida como obligatoria, parece aún lejano, y el horizonte escolar para muchos jóvenes pareciera continuar siendo la conclusión de la primaria.

¹ En las localidades mayores de 100 000 habitantes el promedio de escolaridad es de 9.1 grados, y de 6.3 en las menores de 2 500.

Alrededor de 26 millones de personas, es decir, el 28% del total de la población nacional, tiene una edad comprendida entre los 12 y los 24 años. Aun cuando la reducción de la fecundidad de las dos últimas décadas empieza a verse reflejada en una ligera disminución del peso relativo de este grupo de edad dentro de la población total, el elevado crecimiento poblacional de décadas anteriores hace esperar que el número absoluto de jóvenes continúe aumentando en los próximos quince años, hasta alcanzar un máximo cercano a 28 millones hacia el año 2010, para de ahí comenzar a disminuir gradualmente en los años siguientes.

Aparte de su importancia numérica, la consideración de este grupo de edad deriva por un lado, del hecho de que sus integrantes se encuentran en una etapa de la vida—sobre todo el periodo previo a los veinte

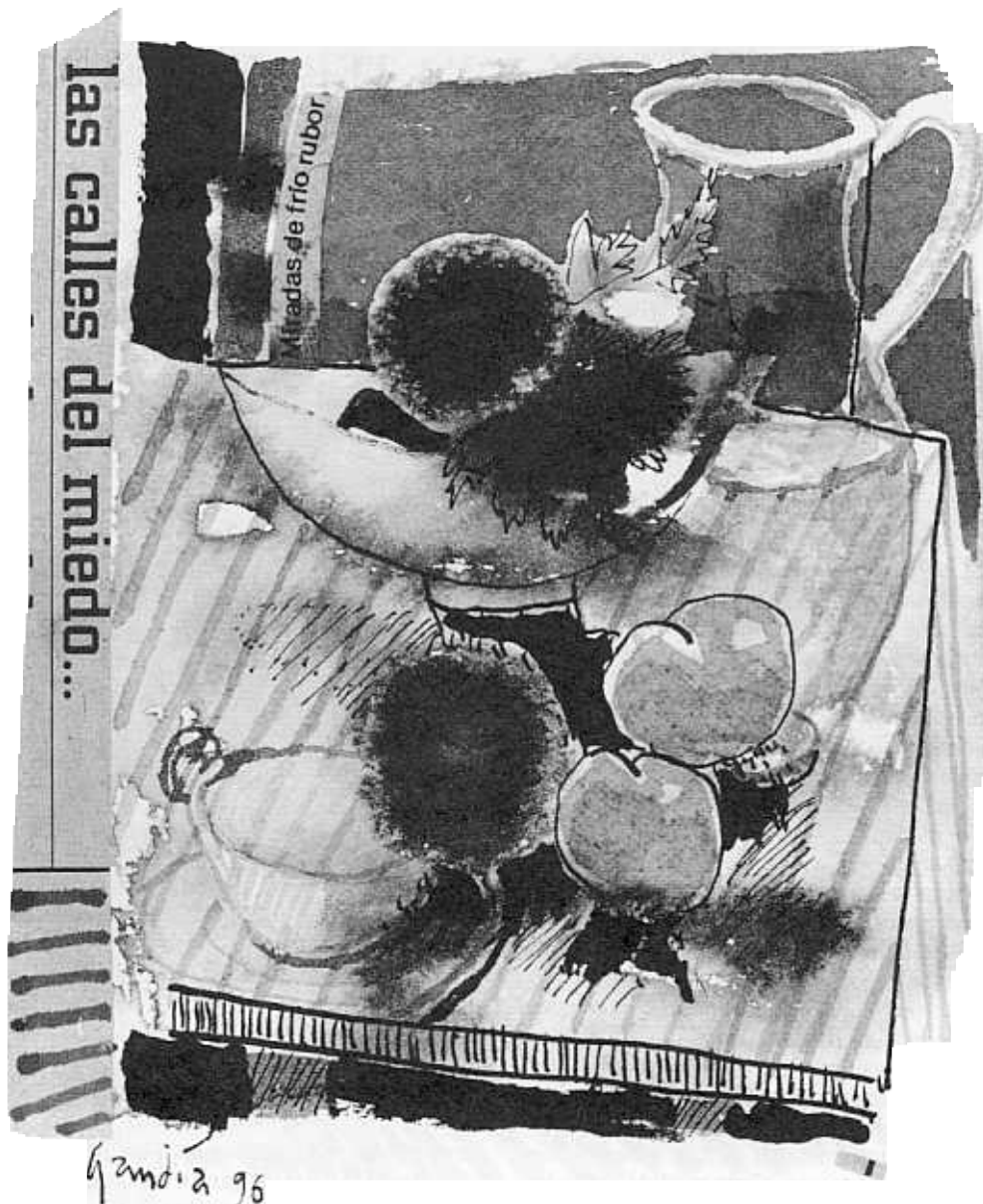
* Centro de Investigaciones y Servicios Educativos (CISE), UNAM.

De los 4.3 millones de menores de dieciocho años que no asistían a la escuela en 1992, el 43% dejó de asistir habiendo terminado apenas la primaria y un 27% adicional sin concluir la siquiera. El temprano y acelerado abandono del papel de estudiante se hace patente al considerar que a los doce años, ya sólo el 89% de los jóvenes asistía a la escuela; la cifra se reduce a 69% a los catorce años, a 48% a los dieciséis y a 31% a los dieciocho. Esto se acentúa en las áreas con menos de 2 500 habitantes, en las que vive el 28% de los jóvenes del país, y en donde ya sólo poco más de la mitad asistía a la escuela a los catorce años y apenas la cuarta parte a los dieciséis. Es decir, la imagen de estudiante con la que suele asociarse a los jóvenes, sobre todo a los adolescentes, es real sólo para una parte de ellos.

Aún más, la situación de relativo privilegio que puede representar el ser estudiante no es vivida plenamente por todos ellos. Para una parte de los estudiantes, a las actividades propias de ese papel, se agrega también el desempeño de una actividad económica. Según la ENECE, en 1991 uno de cada nueve estudiantes de 12-14 años, uno de cada cinco de 15-19 y uno de cada tres de 20-24, además de estudiar, realizaba alguna actividad económica, siendo la simultaneidad del estudio y el trabajo en edades tempranas mucho más frecuente en las áreas de menor tamaño y entre los varones.

La participación económica de los jóvenes es mayor de lo que algunas veces se piensa y reconoce. La ENE de 1995, levantada durante los primeros meses de agudización de la actual crisis, muestra que cerca de un tercio de la población económicamente activa del país estaba compuesta por menores de veinticinco años. En esa fecha, 1.2 millones de jóvenes —casi niños— de 12-14 años, es decir, la quinta parte de los de esa edad (19%), trabajaba o estaba en busca de un empleo, elevándose la participación en la fuerza laboral al 39% entre los de 15-17, al 55% en los de 18-19 y al 65% en los de 20-24.

Pero no sólo una gran cantidad de jóvenes se ven impulsados a incorporarse a la actividad laboral desde temprana edad, sino que, además, encuentran fuertes obstáculos para hacerlo. La mitad del desempleo abierto del país en el segundo trimestre de 1995, estaba formado por jóvenes de 12-24 años. El número de jóvenes desempleados se duplicó entre 1991 y 1995, de manera que en este último año y aun antes de que se alcanzaran las cifras más altas de desempleo de las décadas recientes,² exis-



tían alrededor de 850 000 jóvenes en busca de un trabajo. Entre ellos, son los jóvenes de 15-19 años, residentes en áreas mayores de 100 000 habitantes los más afectados, de tal suerte que uno de cada siete con deseos y/o necesidad de trabajar, carecía de un empleo, lo mismo que uno de cada diez del grupo 20-24. Y no son solamente los jóvenes con menor educación los que enfrentan dificultades para conseguir trabajo, sino también aquellos con mayor escolaridad. Ya en 1991, antes de la agudización de la crisis, el 21% de los desempleados de 15-24 años, tenía estudios de bachillerato o licenciatura.³

El panorama para los jóvenes es poco

semplo urbano abierto se incrementó un 42% entre enero de 1995 y enero de 1996 (4.5% y 6.4%, respectivamente), alcanzando su punto máximo en el mes de agosto, con una tasa del 7.6 por ciento.

³ En las áreas mayores de cien mil habitantes, más

alentador. Una gran cantidad de ellos ve todavía limitada sus oportunidades educativas y, en momentos como el actual, también las laborales. El cúmulo de necesidades insatisfechas, junto con la reducción del gasto social y las crecientes presiones sobre las familias que la crisis ha traído consigo, imponen grandes retos para atender las demandas educativas y laborales de un número todavía creciente de jóvenes. Si bien la crisis afecta de alguna manera a toda la población, los jóvenes constituyen un grupo especialmente vulnerable a ella, requiriéndose grandes esfuerzos para no frustrar su desarrollo y aspiraciones, ni empeñar su futuro. DemoS

de uno de cada cuatro jóvenes desempleados (27%) tenía estudios de bachillerato o superiores, en tanto que en las áreas de menor tamaño, los desempleados con esa escolaridad representaban el 15 por ciento.

² De acuerdo a cifras de INEGI, la tasa total de de-